

378.4.61
12616

Dr. LUIS ALBERTO RIVADENEIRA,
Profesor Honorario de la Facultad de Medicina

Los Grandes Maestros de nuestra Facultad

DISCURSO

Señores:

Me siento lleno de santo orgullo por el alto honor que me habéis conferido nombrándome Profesor Honorario de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central. Con esta distinción que tanto estimo, vosotros tal vez habéis querido honrar también a los Ilustres Catedráticos que, desaparecidos ya, dejaron su recuerdo imborrable de sabiduría y bondad con que guiaron mis primeros pasos en el comienzo de la vida. Hoy habéis querido también dar vuestra lección de alta ética profesional, despidiendo así a los jóvenes que han cosechado los laureles del esfuerzo estudiantil con su investidura de doctores y habéis exteriorizado la nobleza de vuestra alma de verdaderos maestros, honrando el recuerdo de profesores ya idos, en la persona de quien está tal vez próximo a la partida.

Habéis olvidado mis errores, me habéis juzgado a través de mi época, encontrando tal vez méritos que no los poseo.

Una inyección de vida habéis dado a mi alma, que me obliga a regresar al alegre y optimista tiempo de mi mocedad, para rendir el tributo de mi recuerdo a mis queridos maestros y compañeros del alegre amanecer de la juventud, hoy que he llegado ya al atardecer de mi vida.

Era el año de 1.898, cuando alegres, llenos de ilusiones, ingresamos en la Facultad de Medicina, Cirujía y Farmacia, de nuestra querida Universidad, un grupo de compañeros unidos desde los primeros años de la escuela. Entonces el número de profesores era escaso; no existía la subdivisión de materias que hoy

existe y los alumnos, sobre todo en medicina, eran en número muy pequeño. El primer año era de prueba: la disección la hacíamos en cadáveres preparados sólo con inyecciones, para estudiar la diferenciación de arterias y venas. La fauna y flora que se desarrollaba era muy abundante. La deserción de alumnos era sumamente frecuente y aún menos de la mitad de los matriculados terminaba el curso. Era el año de experiencia, hecho bajo las órdenes del ayudante de disección, quien comprobaba la resistencia para la prueba, en quienes aspiraban a llegar a la meta del Doctorado en Medicina.

Era entonces nuestro Profesor el doctor Guillermo Ordóñez; de presencia atractiva, inteligente, de vasta ilustración, con un don de gentes admirable y una gracia sin igual en el decir; gran conocedor de la vida, maestro admirable.

Pronto se granjeaba el cariño de sus discípulos y nuestros sufrimientos de la sala de disección se disipaban al escuchar sus hermosas clases, llenas de erudición y método; sus estupendas explicaciones, admirables sobretodo en embriología. Si como profesor fue magnífico, como Profesional siempre fue noble, caritativo, alegre, carácter que infundía profunda confianza en sus enfermos. Cirujano distinguido y considerado especialista en el tratamiento de afecciones hepáticas. Tuve el honor de ser profesor cuando él aún dictaba sus clases. Fue siempre un compañero leal no sólo en la Cátedra, sino también en todo el ejercicio profesional. ¡Cuánto aprendí a su lado! No sólo en lo que a ciencia se refiere, sino, sobretodo en bondad y desprendimiento. Médico de corazón, su muerte, aún en edad temprana, privó a la Universidad de un sabio maestro y a la Sociedad de un verdadero apóstol.

Nuestro Profesor también el doctor Ezequiel Cevallos Zambrano. En apariencia terco y en el fondo una alma buena y agradable. Se mostraba siempre interesado en la formación de los jóvenes que manifestaban aptitud para la Cirujía, siendo él mismo un cirujano audaz, de cerebro luminoso y muy bien preparado, que realizó operaciones que aún hoy, que tanto adelanto ha experimentado esta rama de la medicina, serían dignas de admiración. Confiaba mucho en el éxito sintético del protoplasma vivo y con frecuencia nos daba lecciones sobre el "batibium de Haekel" materia viva producida en el laboratorio; ilusión con que se engañó a científicos de Alemania y Francia; ilusión que duró muy poco tiempo. Ni el homunculus salió de la retorta alquimis-

ta, ni la materia viva del laboratorio, no habiéndose dicho aún la última palabra sobre ello, a pesar de los años que han transcurrido. Vida es movimiento activo, intercambio incesante con el ambiente, crecimiento, perfección. Muerte es inmovilidad, descomposición, desaparición. ¿Qué examina el laboratorista en sus reortas? Destruye la vida y examina la materia muerta. Han pasado los siglos y la vida y el hombre siguen todavía en el incógnito.

El doctor Manuel M. Casares, educado en Francia, de familia en que el talento era una regla. El medio en que él se educó contribuyó mucho para que adquiriera profundos conocimientos en Patología. Supo educar con gran método. Exigente en sus clases, le agradaba que el estudiante fijara bien en la memoria los cuadros nosológicos; "sólo así —decía— llegarán a ser buenos clínicos". Severo en los exámenes, pero siempre muy respetado y querido por sus alumnos que admirábamos en él al científico y escrupuloso profesor. Los tiempos hacen siempre variar las ideas y hoy sabemos que los síntomas los hace el enfermo. Nunca podremos aplicar exactamente un cuadro nosológico al conjunto de síntomas que presente el enfermo, pues no encontramos dos enfermos iguales. Hay enfermos, nunca enfermedades. El médico debe compenetrarse con su enfermo, conocer su "yo". Cada ser reacciona a su modo propio: un mismo exitante puede provocar las más variadas reacciones, imposible de compararlas. De ahí que el médico debería tener una ilustración vastísima, un sentido de comprensión profundamente desarrollado; es decir ser un psicólogo. Cuántas veces todo un cuadro alarmante, desesperado, rebelde a todo tratamiento, cede solamente con un cambio de clima, con un ambiente de tranquilidad y de confianza; en cuántas ocasiones una situación difícil, una preocupación desesperante, alteran el funcionamiento orgánico profundamente, haciéndose imposible todo diagnóstico y todo tratamiento, no solamente inútil, sino hasta perjudicial; y, en cuantas ocasiones se ha comprobado, que solamente un cambio escaso de alimentación con otra nutritiva ha curado no sólo al enfermo sino a toda su familia que se consumía en inanición. La miseria altera el sistema nervioso y produce reacciones que se traducen en odio, rencor, desesperación. Ahí debe estar el médico que, con su influencia social, puede persuadir a los afortunados que el oro ennoblece a quien sabe manejarlo. Ahí debe estar el médico advirtiéndole que quien se vuelve su esclavo, es el más infeliz, que el dinero ahuyenta de

alma todo lo digno y borra todos los afectos, cuando se lo considera como única meta; que vivir no es vegetar, que vivir es perfeccionarse y que nada ennoblece más el alma y da tranquilidad inigualada en la vida, como la caridad oportuna y sin alarde. Nadie mejor que el médico de corazón puede conseguir y dirigir una cruzada social de caridad, ya que el día en que consigamos justicia y caridad, no tendremos que envidiar ni los goces del cielo, pues el cielo lo tendremos dentro de nosotros mismos. Cuánto alivio puede el médico conseguir, obteniendo de su cliente rico proporcione a sus enfermos pobres los medios de aliviar su dolor. No es el alto honorario el que debe estimular al médico; es su satisfacción de su deber cumplido, cuando no hay nadie que conozca más de cerca los sufrimientos humanos. Cuánto goza un médico regenerando a un ser, haciéndole ingresar a la Sociedad como elemento de trabajo y de progreso.

Los Cárdenas, los Peñaherreras, los Egas Caldas, Batallas, Rodríguez, Maldonado. Vivanco, cuántos más ilustres maestros cuyo recuerdo guardo con respeto y con cariño.

Permitidme también que nombre a profesores que fueron también vuestros maestros: Villavicencio el más noble de los galenos de esa época: dinámico, sin comparación, entusiasta, con cuánta ilusión y entusiasmo formaba a sus alumnos. Reformador de la técnica quirúrgica, jamás conoció el egoísmo, altruista, noble y generoso. De su paso por la vida, dejó como huella, un grupo de jóvenes cirujanos que hoy sirven, con éxito en varias Clínicas y Hospitales.

Gallegos Anda, otro nombre que debo evocar. Perfeccionó sus estudios en Francia, adquiriendo conocimientos magníficos en centros de mayor cultura que el nuestro en aquella época. Amargado, a veces se quejó de la Sociedad y de sus Colegas; creyéndose aislado. Su afán de trabajar estaba obstaculizado tal vez por su carácter algo terco; comprendió después él que en muchas ocasiones el enfermo más que una receta necesita una palabra suave, una voz de aliento, una esperanza, entonces cambió su temperamento y el público pudo apreciar su gran saber, su maravilloso juicio clínico. Fue el médico de consulta de todos; laboratorista prolijo e incansable, amigo sincero. Siempre lo recuerdo con gratitud y con admiración por su saber y su nobleza.

Cuando en el año de 1.905 habíamos terminado los cursos de nuestro último año, pensamos en despedirnos, ¿qué mejor si-

tio que nuestro Pichincha? recuerdos de los años pasados, alegrías y bromas, pronósticos para vida futura de profesionales, promesas de compañarismo. Contemplábamos con cariño nuestra ciudad cosmopolita y noble. Vino la separación de la bándada, pocos nos quedamos, los otros regresaron a sus propias ciudades, a muchos jamás los volvería a ver.

Cómo no mencionar a Aurelio Mosquera Narváez, que fue no mi amigo y compañero de toda mi vida, sino hermano de mi alma. Juntos desde los bancos de escuela, donde conocimos las primeras letras, juntos hasta que la muerte tronchó su vida cuando aún estaba lleno de energías. Su gran talento, su admirable don de gentes lo elevó hasta la más alta magistratura de nuestro País, siendo siempre querido y respetado por todos. Su desaparición dejó un gran vacío en la sociedad y una profunda, honda amargura en el corazón de todos los amigos que lo quisimos.

Cuántos amigos y condiscípulos ya desaparecidos del escenario de la vida. Nunca de mi corazón. Todos dedicaron sus mejores esfuerzos al ejercicio humanitario de médico, sin egoísmo, con el respeto más grande a los compañeros, en el servicio profesional. Sin distinciones de nacionalidades, sin diferenciación de razas ni de sangres, ni de rasgos sociales, ni de situaciones económicas. Quizás en todos primaba sí una preferencia para los pobres, más ternura, más consideración para el desvalido. Sin soportar las más pequeñas ofensas del rico, consintiendo todo del desheredado, para curarlo de la amargura de su alma. Siempre tratando de obtener la felicidad de poder aliviar su situación de angustia.

Todos ellos sintieron la satisfacción sin igual que es fruto de una acción humanitaria... Todos sabíamos que estábamos obligados a servir a todos y más a quienes no conocieron la alegría de vivir en ningún instante de su existencia.

Una última cita: un gran modelo, un ejemplo de médico virtuoso; mi condiscípulo queridísimo, Marco Armando Zambrano. El más destacado estudiante de nuestro grupo. Entró al ejercicio profesional con éxito brillante. San Vicente le llamaban todos; tanto por sus milagrosos éxitos, como por el cúmulo de sus virtudes. Formó un distinguido hogar, pero vino la desgracia. La muerte le arrebató a su compañera y truncó así su vida. Herido el alma, perdió todas sus energías y se encerró a consumirse en su dolor. Pronto perdió la vista y si hoy, gracias a la mano cariño-

sa y hábil de un notable especialista recuperó la capacidad visual, sigue consagrado a su pesar, consumiéndose a pesar de los mismos y cariñosos cuidados de sus virtuosas hijas. Ahí tenéis otro modelo del profesional de moral inmaculada. Respetádle, procurad seguir su ejemplo.

En esta honrosa distinción que hoy se me hace, necesariamente he debido venerar todos estos nombres, más dignos que yo de la honra que recibo. Debo también nombrar a mis discípulos, la mayoría de ellos distinguidos por su talento, sus cualidades morales, su caballerosidad y a quienes siempre los vi con gran cariño e hice todo lo que estuvo en mis manos para prepararles en el terreno de aliviar a la humanidad. Terminados sus estudios, siempre me preocupé de llevarlos a casa de mis clientes, procurando que la sociedad los vaya conociendo y adquiriendo confianza en ellos, seguro de que eran quienes debían reemplazarme y seguro de que habiendo escogido la noble profesión de medicina, siempre serían dignos de continuar la labor de aquella pléyade de hombres sabios y virtuosos, a quienes admiro y venero.

Estoy lleno de orgullo y pleno de emoción, al agradeceros la alta presea que me habéis concedido. Estimo en cuanto ella vale, ya que viene de vosotros que, cuando estudiantes, fuisteis la honra de la clase y, hoy, ilustres profesores, con vuestro talento y con vuestra ciencia, contribuís no sólo a mantener el prestigio de nuestra Universidad, sino también el engrandecimiento de nuestra Patria.